

Empatía.

Un dolor desgarrador atravesó mi cuerpo, inundando cada fibra de mi ser de agonía y desesperación.

Me concentré en mi respiración, contando pausadamente.

Uno, dos, tres...

Y vuelta a empezar.

Cuando conseguí abrir los ojos todo estaba oscuro, tan solo podía distinguir los barrotes oxidados de una celda. Levanté una oreja, percatándome de unos gemidos que provenían de algún lugar cercano, mientras una gota de agua caía a mi lado rítmicamente.

Oía.

Y demasiado bien.

Decidí que era hora de intentar levantarme. Flexioné y apoyé la pata izquierda delantera, lo mismo hice con la derecha, que con menos suerte que la otra cedió y caí de costado, pero no me di por vencido hasta conseguir mantener el equilibrio sobre mis cuatro patas.

Cuatro.

Hasta entonces no había sido consciente de que todo iba terriblemente mal.

Unos pasos pesados se acercaban lentamente. Me apresuré a alejarme de los barrotes, pero cuando lo vi, me quedé inmóvil.

Era yo quien estaba al otro lado de la celda, con mi barba espesa color ceniza, mis botas de caza que tanto me habían costado, mi camisa a cuadros con la mancha de aceite.

Era yo, y era terrible.

Me miraba con una sonrisa burlona, y solo podía significar una cosa. Intenté decir algo, pero mis cuerdas vocales no podían articular palabra, emitían un ligero lamento, era frustrante.

Me llamó, con un silbido, pero no me acerqué, me quedé quieto, a la espera. Su expresión se tornó sombría y metió una llave en la cerradura.

Clac.

Estaba dentro.

Se acercó, levantando la mano y diciendo cosas ininteligibles para mí, solo podía sentir el enfado y la decepción en su tono de voz.

Sus manos, mis manos, ásperas y curtidas de trabajar me rodearon el cuello y apretaron. Intenté zafarme sin éxito, tratando de utilizar garras y dientes, empecé a ver borroso y mi mente se nublaba, pero no me mató. No todavía.

Fueron los traqueteos del coche los que hicieron que me despertara. Estaba en la parte trasera de una destartada camioneta, roja y oxidada, la conocía bien.

Frenamos en seco y me golpeé el morro. Me dolía la cabeza y tenía miedo. Intentaba encontrarle sentido a todo aquello, pero no había ninguna explicación lógica. Iba a morir, morir a manos de mí mismo, por todo lo que había hecho.

No iba a suplicar perdón, ya había hecho demasiado daño, ahora lo sabía, ahora podía comprenderlo.

Mi yo corpulento me agarró del cuello y me levantó pero solo pude resignarme, no me quedaban fuerzas ya.

Estábamos en el campo, rodeados de encinas. La luz de la luna proyectaba largas sombras sobre la tierra. En un árbol, a escasos metros, un viejo amigo ataba a una rama una figura que se tambaleaba. Sufrió una fuerte sacudida, y dejó de moverse.

Solo por no haber corrido lo suficiente.

Solo por eso.

Era 1 de febrero, la temporada de caza había terminado. Ya no le servía, ya no más. Cerré los ojos a la espera de lo inevitable. Ojalá lo hubiera sabido antes, ojalá hubiera hecho las cosas de otra manera. Ojalá.

Ichi.